

Lorenzo Silva



La marca del meridiano

Premio Planeta

2012

Para Noemí, mi mar de Barcelona

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2012,
concedido por el siguiente jurado: Alberto Blecua,
Ángeles Caso, Juan Eslava Galán, Pere Gimferrer,
Carmen Posadas, Rosa Regàs y Emili Rosales.

ADVERTENCIA USUAL

Como de costumbre, los lugares que aparecen en este libro están inspirados, siempre con cierta libertad, en lugares reales. Algún personaje, y alguno de los hechos narrados, se inspiran también en sucesos reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse, por tanto, fruto de la invención del novelista y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

Del noveno grado del signo de Tauro es la piedra a que dicen *zumberie*, y en latín *esmeri*. Su propiedad es comer todos los cuerpos de las otras piedras. Y los maestros adoban las que son preciosas con esta piedra, molida sobre tabla de cobre, o de plomo, o de algunos fustes señalados que son para esta maestría; y taján de ellas lo que quieren, o las horadan, ca no ha piedra que le pueda defender sino el diamante solo.

ALFONSO X, *Lapidario*

CAPÍTULO 1

UN AFÁN PARTICULAR

No era el momento ni el lugar, pero vio la ocasión y eso es algo que una mujer no desaprovecha nunca. Tan pronto como el guardia Arnau enfiló hacia los aseos de la gasolinera, la sargento Chamorro se dio la vuelta y, mirándome como si quisiera fulminarme, me espetó:

—Tú te estás guardando algo.

Cuando una mujer le arroja esa sospecha a un hombre, se trata de algo más que él y ella (Chamorro y yo, en este caso) retándose a cuenta de algo que el varón debería haber revelado y ha preferido ocultar. Es la oscura ciencia acumulada por millones de mujeres desde el principio de los tiempos, frente a la culpa no menos sombría alimentada por millones de hombres desde más allá de lo que se guarda memoria. Porque un hombre siempre oculta algo, siempre lleva a cuentas algo que preferiría no haber hecho o dicho o sido, y una mujer siempre tiene un sexto sentido que le permite olérselo, y el descaro o la temeridad o lo que quiera que haga falta para exigirle que lo confiese. Porque los actos de los hombres son a veces como la espuma, que sube y baja con la misma facilidad, y sin demasia-

do motivo, mientras que los actos de las mujeres, que no por eso son menos perniciosos cuando toca, tienen que ver con algo que llevan agarrado al vientre y de lo que no abdican jamás, así las fusilen o las quemén en la hoguera. Eso les permite pedir cuentas con la fiereza con que nos las piden, y eso, que no entendemos y en el fondo le repugna a nuestra razón práctica, nos impide a los hombres aceptar el deber de rendírselas. No pretendo que nada de lo dicho tenga la menor validez científica. Estoy dispuesto a retirarlo todo, a desecharlo como una de esas generalizaciones necias con las que tratamos de reducir, sin éxito, nuestra perplejidad ante nuestro propio comportamiento y el de nuestros semejantes. Pero a mí me ayuda a comprender por qué, aunque sabía que ella sabía y que aquello no iba a mejorar las cosas, decidí escurrir el bulto y responderle:

—Perdona, no sé de qué me estás hablando.

Chamorro, frente a otras con las que había tenido que relacionarme, era una mujer templada y serena. No había alzado la voz antes, ni la elevó lo más mínimo para hacerme notar su decepción:

—Rubén, no me chupo el dedo. Y te conozco como si te hubiera parido. Hay algo que no me has contado y que sabes que deberías contarme. Puedes ocultárselo a él, pero a mí no. No te lo consiento.

Andábamos juntos desde hacía casi quince años. La apreciaba, como persona y como profesional. Y, además, iba a necesitarla en los días venideros. Tenía, pues, unas cuantas razones para dar mi brazo a torcer. Pero no lo hice. En vez de eso, y abandonando la estrategia inútil de hacerme el idiota, sostuve su mirada y me planté ante ella.

—Lo que hay y me guardo es cosa mía y si me lo reser-

vo es porque creo que puedo hacerlo —le expliqué—. Puede ser relevante, y puede que no lo sea. No tengo por qué contártelo, ni a ti ni a nadie, si no es imprescindible. Y muy bien podría no tener que contarle nunca. No lo sé y, mientras no lo sepa, mi deber es guardar discreción.

Una mueca escéptica se adueñó de su semblante.

—¿Tu deber? ¿Estás seguro?

—Mi deber, sí. Hay ocasiones en que uno tiene varios al mismo tiempo. Y cuando uno se ve en una de éstas, lo que le corresponde es intentar cumplir con todos, aunque parezca imposible.

—No sólo lo parece. *Es* imposible.

—Veremos.

Su gesto se aflojó levemente.

—Estoy enfadada, como te puedes imaginar, pero, más todavía de lo que me enfada, me duele tu desconfianza. No la merezco.

—En eso tienes razón. No la mereces. Lo que te prometo es que no dejarás de saberlo, si es que llega a hacer falta que lo sepas.

Volvió a endurecer la expresión.

—No esperes una medalla. Entonces no tendrá ningún mérito.

En eso, regresó Arnau. Venía sacudiéndose las manos.

—No funciona la máquina secadora.

Reparó en nuestro silencio, y en la tensión inusual que se palpaba entre ambos. Con la ingenuidad de la juventud, preguntó:

—¿Pasa algo?

Chamorro se levantó y se encaminó hacia la salida.

—No, no pasa nada —dijo, sin volverse.

Me quedé pensando, acaso arrepintiéndome, mien-

tras la veía irse. Aunque ella llevaba las llaves del coche, no me di prisa, porque sabía que nos esperaba lo que fuese necesario. Para Chamorro el deber, incluido el más fastidioso, no tenía nada de opcional. Saqué la cartera y pedí la cuenta. Un billete de cinco cubrió los tres cafés y una propina mínima. Cuando eché a andar, Arnau repitió su pregunta:

—¿Qué pasa?

Lo miré como se mira a los niños cuando, por descuido o por alguna desafortunada coincidencia, llegan a enterarse de que los padres están discutiendo. No me esforcé en reaccionar de manera diferente a la que dicta la convención en esa desairada coyuntura doméstica.

—Nada —dije—. No pasa nada. Vamos.

Pero claro que pasaba, y ni al joven Arnau, ni a la conductora de ceño fruncido que nos esperaba al volante del coche, ni a mí, que trataba contra toda evidencia y contra toda lógica de obligarme a creer que aquél podía ser un trabajo como cualquier otro, se nos escapaba que un ambiente así no era el más propicio para hacer lo que teníamos que hacer. Si yo no hubiera sido yo, tal vez habría buscado un atajo para restablecer la armonía, quizá incluso renunciando a mis posiciones anteriores, pero me faltaban menos de dos años para cumplir los cincuenta y llevaba ya veinte investigando homicidios. Era un viejo zorro, y los viejos zorros saben esperar a que escampe. Incluso cuando en el cielo los nubarrones se vuelven cada vez más negros.

Por aquellos días, y después de una temporada en la que me había dejado arrastrar varias veces a una desazón peligrosamente colindante con la tentación de pedir la baja en el Cuerpo, atravesaba por un periodo de llamé-

mosle resignación filosófica. Mi hijo había empezado la universidad, lo que me hacía vislumbrar una posibilidad de que algún día fuera independiente (incierto, con un paro juvenil del 50 por ciento, pero mi chico era listo y esperaba que se colase en el otro 50). Después de haber soportado no pocas estrecheces económicas, tras el tsunami de un divorcio con el desahucio de rigor, y sin más recursos para afrontarlo que un modesto sueldo de funcionario, me faltaba poco para terminar de pagar la hipoteca de mi piso. En un país con cinco millones de desempleados, y otros tantos unidos a un empleo precario, a un salario miserable o a las dos cosas a la vez, no dejaba de ser un privilegio disfrutar de una pobreza moderada y garantizada por los impuestos de todos los ciudadanos. Y en aquel trabajo, a fin de cuentas, no me quedaba mucho que demostrar: ya sabía lo que daba de mí, para bien o para mal, y los demás también lo sabían. No tenía grandes ambiciones, ni esperaba más ascensos que los que me tocaran por antigüedad. Procuraba hacer mi tarea lo mejor que sabía, distraerme con ella cuando era factible y no tomármelo demasiado a pecho cuando algún asunto venía de través o terminaba de mala manera. Tal vez habría sido mayor mi filosófica conformidad si hubiera encontrado a alguna mujer caritativa que me soportara regularmente y me ayudara a atenuar la pendiente de la existencia, pero eso también habría podido servir para todo lo contrario, y tampoco dejaba de recibir, con razonable irregularidad, el regalo de la compañía femenina.

No era mucho, pero era consistente. A partir de cierto momento, se trata de eso, más que nada. He tenido, por una variedad de circunstancias, la oportunidad de conocer a personas que con una edad descubren de pronto

que no tienen donde apoyarse y empiezan a perder pie, para no dejar ya de perderlo hasta desembocar en el desastre. Por eso he aprendido a ser agradecido con lo que tengo, y a no llorar por lo que pudo haber sido y no fue. En lugar de iluminar a mis semejantes con el faro de mi sabiduría, he acabado usando mi pobre linterna para deshacer las sombras que llevan a algunos a creerse autorizados a disponer de la vida de otros. No es la más envidiable ocupación en la que puede uno consumir sus días, pero, con la perspectiva que me da el tiempo, veo que el itinerario podría haber sido bastante peor.

Aquel día, en particular, había comenzado con los mejores auspicios. Acabábamos de cerrar un par de casos y podíamos dedicar todo el tiempo a repensar con tranquilidad alguno de esos otros que teníamos en punto muerto desde hacía meses, una labor relajada que cuando daba algún fruto tenía el sabor reconfortante de lo inesperado. Además, aquel otoño estaba siendo de lo más benigno, una sucesión de días tibios y soleados a los que daba gusto asomarse. Para redondearlo todo, se me había dado bien la combinación de metro y había fichado antes de la hora. Y hasta ahí llegaron las buenas noticias.

La mala, la que nos iba a poner en camino una vez más, me la dio Chamorro, que estaba ya en la oficina, a guisa de saludo:

—Han matado a un subteniente en la reserva. En Logroño.

—¿Cómo?

Tenía una razón para el asombro. Hacía mucho tiempo que los habituales asesinos de subtenientes en la reserva no actuaban. Los rumores, y también la información que manejaban nuestros compañeros dedicados a comba-

tir a aquella gente, con quienes compartíamos edificio, apuntaban de hecho al inminente abandono de la lucha armada por parte de los cuatro gatos que seguían en condiciones de mantenerla, tras los sucesivos descabezamientos de la organización. Chamorro intuyó por dónde iba mi extrañeza y se apresuró a aclarar:

—No, no parecen ellos. O eso me ha dicho Pereira, que ha llamado preguntando por ti hace diez minutos. Te espera en su despacho tan pronto como asomes las legañas, lo cito literalmente.

—Joder, Vir, he llegado diez minutos antes de la hora.

—Eso explícaselo a él, yo estoy a tus órdenes.

—Detesto a la gente que se las da de puntual. Y más si tiene chófer.

—No he oído nada.

Tres minutos después estaba en el despacho del coronel Pereira. No se entretuvo con muchos preámbulos. Me pidió que diera la vuelta a su mesa y me señaló con el dedo el monitor que había sobre ella.

—Acaban de pasármela. Juzga por ti mismo.

Una fotografía así no debería poder sacársele a nadie. La imagen me pareció atroz, sin paliativos. Haciendo un esfuerzo, me las arreglé para dar con el único detalle que suavizaba algo el horror: la víctima no se había orinado en los pantalones. En un vano intento por escapar a la negrura que se me había tragado de un bocado el corazón, me aferré a este descubrimiento para poner en palabras una conjetura:

—Lo colgaron después de muerto.

—La autopsia nos dirá, pero eso parece —asintió el coronel Pereira, con la mirada fija, como yo, en la pantalla de su ordenador.

Uno, en este mundo desquiciado en el que nos ha tocado vivir, está más o menos habituado a ver cadáveres suspendidos de la baranda de un puente: en los últimos años, fotos similares nos han llegado a menudo desde lugares tan remotos, de nosotros y entre sí, como México e Irak. A algunos, por nuestro oficio, nos ha tocado además ver de cerca a más de una persona colgada por el cuello. Lo que uno no suele estar preparado para asumir es que el puente en cuestión se encuentre a tres horas de coche. Y lo que se le hace demasiado a cualquiera, profesional o no, es que la persona ahorcada, con los ojos vacíos y los miembros desvincijados, sea una a la que contaba entre sus amigos.

Mentiría si dijera que aquel hombre era un amigo íntimo o cercano: hacía mucho tiempo que ni siquiera hablaba con él. Pero había pasado con él los suficientes años y había compartido con él las suficientes horas y leguas de camino como para haber sido, en algún momento, tan amigo suyo, y él mío, como mi naturaleza tirando a despegada puede permitir. Y nunca nos habíamos enemistado, entre otras cosas porque el subteniente Robles había sido uno de mis maestros y entre mis defectos no se cuenta el de la ingratitud hacia las personas que me enseñaron lo poco que sé. En cierto momento, la vida nos condujo por caminos diferentes, eso es todo. Ni una sola de las veces que volví a encontrármelo, desde el día en que obtuve el traslado del destino que compartíamos, dejó ninguno de los dos de hacer honor a las fatigas, los triunfos y los reveses que habíamos atravesado juntos.

—Me han dicho que lo conocías —dijo Pereira.

—Algo —admití.

—Me gustaría saber si tienes algún inconveniente en

ocuparte de este trabajo —inquirió, grave—. Y quiero que seas sincero.

Desde que Pereira, haciendo valer sus méritos concienzudamente contraídos, había ascendido a la jefatura de la unidad, se habían espaciado mucho nuestras conversaciones. Ahora él había dejado de ser el responsable directo de mis aciertos y de mis descalabros, yo sólo era un investigador de uno de los muchos grupos que de él dependían, y entre ambos había otros oficiales que nos exoneraban de mantener un trato continuo. No se me ocultaba el significado que tenía el que se saltara la cadena de mando para sondear mi disponibilidad.

—No veo ningún inconveniente —respondí—. Más bien al contrario, se lo pediría si no me hubiera llamado usted, mi coronel.

—¿Estás seguro?

Le sostuve la mirada. Era un político, como buen jefe con expectativas de llegar a ser más jefe aún, pero eso no le restaba inteligencia, ni mucho menos, y tampoco le convertía en un completo indecente. Se estaba preocupando de veras por la buena solución del caso y por la incomodidad que pudiera causarme asumir su investigación.

—Absolutamente.

Bajó los ojos antes que yo. Y tuvo a bien explicarse:

—Te confieso que te llamo con el ánimo dividido. Por una parte, no se me ocurre nadie mejor que tú para lidiar con este embolado. Sabes lo que se juega en la muerte de uno de los nuestros. El cabrón que le hizo esta canallada a Robles tiene que aparecer, sí o sí, y pagarlo caro. Y, mal que me pese, no tengo a otro con tu experiencia y tu perspicacia. Pero, por otra parte, me suscita mis dudas. Sé que

no vas a ser frío con esto, y ya tienes demasiada tendencia a ponerte sentimental.

—Sin que eso me nuble el juicio, si puedo alegar en mi defensa.

Pereira me observó entonces con una expresión que no sugería que le convenciera mi argumento, pero tampoco lo contrario. Se forzó aún a alguna clase de debate interior, que zanjó con estas palabras:

—Está bien. Tuyo es. En realidad, quiero que lo hagas tú. Supongo que tengo una vena masoquista, no se me ocurre otro motivo.

—Será eso, mi coronel.

—Basta de cháchara. Ponte en marcha. Ya aviso a tu jefe.

Estoy demasiado baqueteado como para permitirme según qué deslices, de modo que el primero a quien fui a ver cuando llegué a nuestro grupo fue al comandante Rebollo, el nuevo pastor que la superioridad había tenido a bien ponerme para evitar que me descarriase. Lo pillé hablando por teléfono con Pereira, lo que estaba bien, porque le daba a mi visita el punto de oportunidad que subrayé, apenas colgó el teléfono, con una de esas frases que tanto confortan al que manda:

—Venía justamente a decírselo, mi comandante.

Rebollo me observó con un gesto aprobatorio. No le gustaba, como a cualquiera, que se le metieran en la parcela para organizársela, pero Pereira era el gran jefe y todo el mundo estaba al tanto de mi larga y estrecha colaboración con él. El comandante no podía impedir que de vez en cuando el coronel se lo saltara, y todo lo que podía exigirme era que lo pusiera al corriente tan pronto como eso sucediera.

—Pues no tengo nada que añadir —observó, imperturbable—. Dios ha hablado y los fieles obedecemos. Sólo puedo decidir los medios que te ponga a disposición, pero me ha quedado claro que tendrás lo que quieras, de lo que yo controlo, y que puedo pedir lo que me parezca, de lo que está más allá de mi mando. Así que pide por esa boca.

Rebollo tenía ocho años menos que yo, y debo admitir que todavía no estaba demasiado acostumbrado a tratar a diario con un jefe que cuando yo ya calzaba tricornio apenas comenzaba a afeitarse la pelusilla del labio. Y menos cuando le daba por adoptar ese paternalismo al que son tan proclives los jefes, y en el que yo mismo he incurrido en alguna que otra circunstancia, pero jamás (y ocasión no me ha faltado) con un inferior que me aventajara en canas sobre las sienes.

—Para reconocer el terreno, me basta con el equipo habitual —le dije—. Luego se verá si las circunstancias piden más madera.

—Chamorro y Arnau, deduzco.

—Si el servicio lo permite.

—Arnau está de apoyo en lo de la niña de Almería —objetó.

—Un trabajo por debajo de sus capacidades, y en el que es fácilmente reemplazable, si puedo opinar. Y si puedo convertir la opinión en sugerencia, es una tarea que le iría de perlas a Lucía para ir soltándose y para ir teniendo la sensación de que es algo más que la nueva de la que no nos fiamos. Nos vendrá bien para ese tipo de casos.

Había forzado la mano, pero ése es el privilegio del suboficial curtido, al que el jefe bisoño, si tiene un par de dedos de frente, no deja de pasarle alguna insolencia. Y Rebollo no era idiota. Si lo hubiera sido, no habría conse-

guido aquel destino, jefe del grupo de delitos contra las personas de la unidad central, que muchos codiciaban.

—Gracias, mi brigada —dijo, con sorna—. Seguiré tu consejo, pero sobre todo porque estoy de acuerdo en que Arnau pinta más sobre el terreno contigo que procesando listados de matrículas aquí.

—Sabía que coincidiría conmigo.

—Eso sí, a la próxima niña muerta ya sabes quién va a acompañarte.

A mi edad y con mis cicatrices, me escuece que me metan goles, pero cuando el balón viene por la escuadra, fuerte y con efecto, sólo queda agacharse a recogerlo del fondo de la red. Asentí, resignado:

—Es justo.

—Pues adelante. Llámame cuando haga falta que sepa algo, no voy a andar tocándote las narices, ya sabes que no es mi estilo.

—Lo sé, y se le agradece.

—Salvo que Pereira me las toque a mí, supongo que te haces cargo. Y siempre, claro está, que no te creas más listo que tu comandante.

—Eso jamás.

Salí de su despacho sintiendo en la espalda su mirada incrédula, pero la escaramuza, que habría servido para confundir a un observador superficial, no me hizo ignorar la suerte que tenía con aquel comandante. En veintitantos años de servicio había conocido a unos cuantos oficiales a los que me habría gustado menos tener encima. Ni yo era el empleado del mes, ni entre los que portan estrellas al hombro abunda la tolerancia hacia los caimanes irónicos que nadan en los bajos del escalafón. Con Rebollo podía entenderme, y no era tan imbécil como para no darme

cuenta de lo raro que era eso. A medida que iba sumando trienios, la posibilidad de encontrar a alguien así se volvía cada vez menos probable.

De camino hacia mi cubil, regresó de pronto a mi mente la imagen de aquel cuerpo colgado del puente. Y vinieron en tromba los recuerdos, las sensaciones, el malestar que había logrado apartar momentáneamente durante la sesión de esgrima dialéctica con mi superior. Sólo tenía una forma de sacudírmelo, y era aprestándome a ocupar en la cadena jerárquica el lugar que me correspondía. Para eso sirven las organizaciones, y más las que obedecen a una rígida estructura de mando, como la militar: para que los individuos, a la hora de funcionar, queden liberados de modo eficaz del peso de ser ellos mismos.

—Chamorro, Arnau —les grité desde la puerta—. Levantando el culo los dos. Hay que echarse a la carretera.

El guardia Arnau se volvió al instante. Otro tanto hizo la guardia Lucía, la nueva, aunque no la había llamado a ella: aún conservaba el pánico que le habían inculcado en la academia. También me miró la cabo Salgado, una veterana con espolones a quien era imposible impresionar, pero que tenía una incorregible propensión a meterse donde no la llamaban. Fue ella, de hecho, quien me preguntó:

—¿Os vais a Logroño?

—¿Te cabía alguna duda? —dijo Chamorro, todavía sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador. Miré lo que hacía mi sargento: estaba guardando los documentos y cerrando todas las aplicaciones.

—¿Sabes ya el apellido del muerto? —la tanteé.

—Lo sé.

—No es justo, Rubén. Nunca me llevas —terció la cabo, quejosa.

Después de tantos años compartiendo unidad, seguía sin saber a qué atenerme con Salgado. Los dos habíamos ido envejeciendo y ella ya se asomaba a la cuarentena, pero, de alguna manera incomprensible, se las había arreglado para no adquirir jamás la madurez que por ejemplo Chamorro, con un par de años menos, desprendía por todos sus poros. Ésa era una de las razones por las que prefería reservarla para las tareas de retaguardia, aunque también había misiones de primera línea en las que continuaba resultando imbatible. Las cuatro décadas que cargaba a las espaldas no le impedían conservar el cetro de tía más maciza de toda la unidad, según el sórdido concurso que se celebraba cada año por votación secreta entre el sector masculino. Y ella, que lo sabía, lo cultivaba con entusiasmo y abnegación. Como advertía con maldad Chamorro, ninguna mujer de cuarenta años entra en una talla 36 sin someterse a suplicios innombrables.

—Te quiero aquí, Salgado —dije—. No sé lo que nos vamos a encontrar. Necesito a alguien con experiencia y criterio cubriendo la base.

—Ya —rezongó.

Tampoco yo esperaba engañarla, a aquellas alturas. Y no quiero decir que la juzgara incompetente. En absoluto lo era.

—¿Y qué hay de lo mío? —intervino Arnau—. Yo estaba...

—Pásaselo a Lucía. Órdenes del comandante. Tienes quince minutos para explicárselo. Sí, Lucía, no pongas esa cara. Si no eres capaz de enterarte en quince minutos, quizá éste no sea tu sitio. Chamorro, tú ve consiguiendo el coche. Yo me ocupo del resto del papeleo.

Media hora más tarde estaba con mi equipo en el vehícu-

lo oficial. En el maletero, los tres macutos de emergencia que todos teníamos siempre en la oficina, por si acaso, con muda para varios días y útiles de aseo. Cuando estallaba una de aquéllas, uno sabía cuándo salía pero nunca cuándo iba a volver. Una forma de vida que bien estaba para los que se pudieran seguir considerando jóvenes, como Arnau, que aún tenía ante sí un buen trecho como veinteañero. Pero para mí, al filo del medio siglo, e incluso para Chamorro, a quien no le quedaba ya mucho de la treintena, cada día que pasaba resultaba menos coherente. A menudo pensaba si no debía solicitar otro destino que me eximiera de aquellas jornadas imprevistas e interminables lejos de casa. Y cada vez que la veía a ella ahí, al volante, apretando el acelerador camino de un nuevo muerto, me preguntaba si no merecía algo mejor, si no tenía derecho, como tantas otras que habían dado el callo mucho menos que ella, a que le buscaran una oficina donde hacerse mayor sin sobresaltos y poder pensar de una vez en serio en formar la familia que en pocos años más se escaparía para siempre de sus posibilidades.

El hecho era que en cierto modo yo había aprendido a considerar que mi casa era aquello, subir al coche sin casi preaviso para ir a la otra punta del país con ella al volante. Y Chamorro, por su mala fortuna o por falta de verdadera vocación, que nunca se sabe, seguía sin encontrar con quién formar esa familia, y quizá se había resignado a cuidar, en vez de a sus propios hijos, a la especie de niño malcriado con galones de brigada en que me habían ido convirtiendo el tiempo, las muchas decepciones y la fatiga de un trabajo que se repetía, tan funestamente idéntico a sí mismo como infructuoso en el fondo.

Quizá para escapar a esa sensación de hastío me había

postulado ante el coronel Pereira para asumir aquella investigación, que tantas razones tenía para dejar que le tocara en suerte a cualquier otro. A veces, uno necesita afrontar justo ese desafío que no le conviene ni le corresponde, porque lo que le pide el cuerpo es enfrascarse en algo que ayude a descolocar la vida, sacudirla y ponerla un poco del revés. Más que nada, para que no se cumpla la condena de encajar en ella como una pieza más de un mecanismo predecible: como esa pieza que todos somos, a la postre, desde la programación fatídica de nuestros genes hasta la función que el código social que tarde o temprano acatamos, sea cual sea, nos asigna sin derecho a apelación. Lo que ignoraba era hasta qué punto mi maniobra iba a tener éxito. O lo que es lo mismo, hasta qué punto aquella muerte, o mejor dicho mi implicación en su esclarecimiento, iba a ponerlo todo patas arriba. Y no precisamente del modo que yo preveía, y menos aún buscaba. Aunque eso no quiere decir que lo lamente. Llegado a cierto punto, uno tiende a lamentar pocas cosas, y en último lugar las que rompen, como sea, la monotonía.

Teníamos por delante tres horas de camino. Como de costumbre, aproveché para compartir con mi gente la información del caso. O una parte de la que excepcionalmente tenía sobre aquel hombre.

—Sesenta y dos años, subteniente del cuerpo en la reserva. Hoja de servicios brillante, dos cruces, una de plata y una roja, diez años en el norte en unidades antiterroristas, el resto en policía judicial en Cataluña, que fue donde coincidí con él. Fue mi jefe, tres años.

Desde el asiento de atrás, capté el gesto de Chamorro en el retrovisor. Para ella no era una revelación. Años atrás, cuando el subteniente Robles aún estaba en activo,

había tenido ocasión de conocerlo durante una investigación que nos había llevado a Barcelona. Pero, como venía a indicarme con su expresión, le debía una explicación al joven guardia que acababa de saber de mi conexión con la víctima.

—Tienes razón, mi sargento —dije—. Siendo ortodoxos, yo no debería llevarlo. Pero Pereira está al tanto y me ha dado su bendición.

—Tú sabrás —se desentendió ella—. Sólo estaba pensando que, conociendo como conocías al difunto, lo mismo tienes alguna teoría.

—Mal puedo tenerla. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él, y mucho más tiempo aún desde la época en que trabajamos juntos. Lo único que se me ocurre, en este momento, es que Robles, después de cuarenta años de benemérito y de haber llevado ante los jueces a decenas de malos, podía tener una legión de gente que lo quisiera lo bastante mal como para desear hacerle daño. Pero como la tengo yo o la tienes tú o dentro de poco la tendrá nuestro joven Arnau. La diferencia es que Robles estaba jubilado. Tendría que tratarse de alguien que hubiera rumiado durante años la venganza, lo que nos consta que no resulta demasiado común. Los desquites, o por lo menos aquellos que terminan en homicidio, se dan mucho más en caliente.

Los ojos de Chamorro buscaron los míos en el retrovisor.

—¿Eso es todo?

No esquivé su mirada.

—Por el momento, poco más puedo añadir. El resto, los detalles del hallazgo y demás, nos lo contarán cuando lleguemos.

—Era tu amigo —recalcó—. Lo que me pregunto es si no hay ninguna otra información que debamos conocer. O si hay algún motivo, aparte de vengar el honor del Cuerpo, para que te hayas dejado implicar en esta cacería. Ya que Juan y yo vamos a compartirla contigo, creo que tenemos derecho a saber si te mueve algún afán particular.

Tenían derecho, sin duda. Y la pregunta de mi sargento, como ella no podía saber, pero sí intuía, me inquietó ligeramente la conciencia. A veces no era fácil trabajar con ella, porque al cabo de los años ambos habíamos aprendido a leer más allá de nuestras palabras.

—No tengo ninguna sospecha y tampoco un afán particular —dije—. Más allá de lo que pueda apetecerme, como a cualquiera le apetecería, impedir que quede impune la muerte de alguien a quien conocía y apreciaba y con quien tenía una deuda de gratitud. Robles me enseñó, puede que más que ningún otro, el oficio de investigador criminal. Creo que hay cierta justicia poética en que el saber que él me transmitió sirva para que ahora los suyos tengan consuelo y para que quien le hizo esa canallada acabe en el agujero que merece. En eso es en lo que os he embarcado, a Juan y a ti. Ni más ni menos. Y confío en que no os parezca mal. Si os lo parece, os eximo de acompañarme.

Aun sin verle la cara, noté la incomodidad de Arnau.

—Por mi parte, está bien —declaró, conciliador.

Chamorro, en cambio, mantuvo un obstinado silencio.

—Hay que repostar —dijo al fin—. Y necesito un café.

Y, tras poner el intermitente, tomó el desvío de la gasolinera.